



CONTRA el odio que ha destruído nuestros templos, no hay remedio más poderoso que el amor que puede construirlos.» Palabras emanadas de nuestro querido Páter cada vez que rescatábamos un templo más para la nueva España. Muchos de ellos, situados en el centro de pueblos donde la barbarie roja sembró

la ruína, la iniquidad y la muerte, se reconstruían con una rapidez tal, que era digno del mayor elogio y admiración para aquella gente que, después de ser liberados, daban un ejemplo unánime de participar, antes que todo, en la reconstrucción de su Templo Parroquial.

¿Qué honor y orgullo para aquellas ciudades y pueblos cuando saben reconciliar su Iglesia?

¿No estaría orgullosa la gente de este Municipio, que pudiese contemplar de nuevo su Templo parroquial?

¿No podría, con un pequeño esfuerzo, situarse la ciudad de Granollers como las demás?

¿Cuán magnífica y clara manifestación sería para nosotros ver llegar el momento de construir, en el lugar donde actualmente existe la desolación y ruína, el albergue del Dñs Sacramentado!

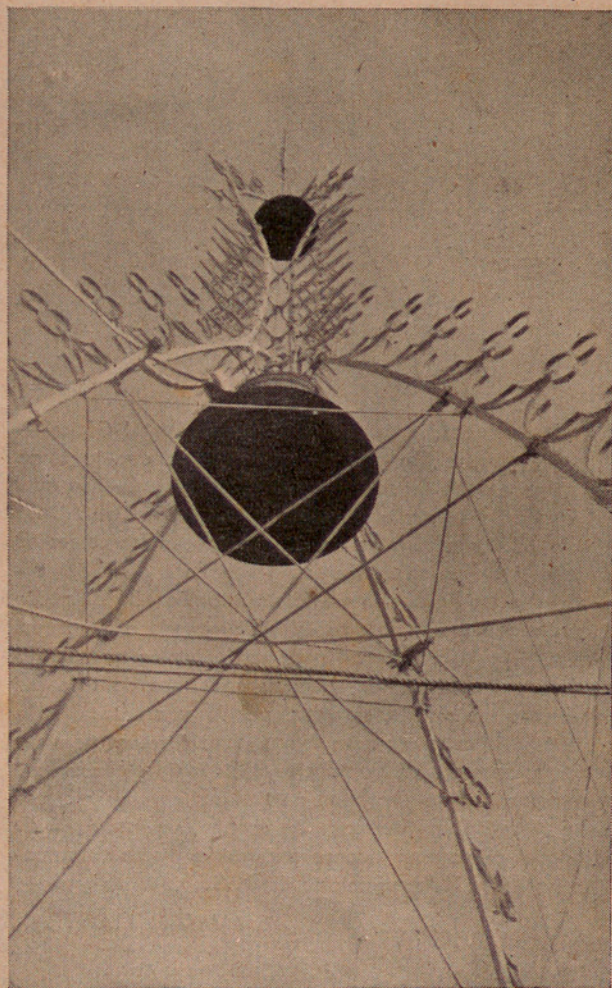
Cuando se eleven al vuelo las campanas de la alta torre, cuando el títular de las velas llene de misterio el recinto sagrado, cuando las imágenes vuelvan a presidir los altares de nuestra Parroquia, también estará presente nuestro espíritu para vivificarlo todo y para comprender el significado de ello.

Este significado es patente: se trata de reafirmar de una manera colectiva nuestra firme voluntad de querer a Dios entre nosotros, contra el despojo de su presencia sacramental de que quisieron hacerle objeto las turbas ateas y sacrílegas. Y para ello, el espíritu del alma granollerense debe reaccionar convenientemente. Ante todo, asociándose, en masa, a la Junta de Reconstrucción del Templo de San Esteban. Tratando, al fin, de tomar en adelante la orientación debida y verdadera en la vida cristiana, para que, con el esfuerzo abnegado y un pequeño sacrificio, no quede un solo ciudadano sin participar en la reconciliación de la casa de Dios, patentizando, de este modo, el anhelo de contribuir a la doble reconstrucción, material y espiritual, de nuestro pueblo y de su historia.

JUAN PADRIS DOLS

Ex-Combatiente del 1.º Batallón
de Requetés de Alava

Las únicas campanas que han subsistido a la revolución roja, en nuestra ciudad, han sido las del reloj del campanario, las cuales, montadas sobre férreo armazón, sólo responden a una exigencia técnica y a un móvil utilitario.
(Fot. Colomer Marqués)



La Orden Franciscana y el Templo parroquial de Granollers



CONTEMPLABA en sueños Inocencio III cómo la Basílica de San Juan de Letrán, Madre y Cabeza de todas las Iglesias del orbe católico, amenazaba derribarse. El Augusto Vicario de Cristo en la tierra ideaba proyectos, formaba planes para impedir la ruína de aquel edificio colosal. Súbitamente el Soberano

Pontífice recobra la confianza, llénase de alegría, cúmplense sus deseos, se sostiene la ingente mole. Un hombrecillo, un varón desconocido, aguanta con sus espaldas el peso de las cuatro paredes inclinadas, realiza el prodigio de mantener incólume la Fábrica de San Juan, no permitiendo se convirtieran en escombros los tesoros artísticos que bajo las suntuosas bóvedas de aquel templo patriarcal, había acumulado la piedad secular de los cristianos.

Ese hombrecillo era Francisco de Asís, con su Orden franciscana, destinada por Dios para servir de columna y fundamento de su Iglesia a través de los siglos. Desde aquel momento cesan los obstáculos, resuélvense las dificultades que se oponían a la fundación de la Orden. Las intenciones de Francisco son bien diáfanas. La misión que le está reservada en la historia es comprendida por la Corte Pontificia. El Papa dice en nombre de Francisco a todos sus frailes: «Id por el mundo. Cristo os llama para defender su Iglesia y reparar sus ruinas.» El sucesor de San Pedro en la Catedral de Roma no quedará defraudado. Francisco será fiel a su palabra, cumplirá con honor su compromiso. Vedámoslo.

Absorto en profundo éxtasis suplicaba en la vetusta Iglesia de San Damián al Padre de las luces para que le hiciera conocer su voluntad divina. Se oye una voz que le dice: «Ve, pues, Francisco, y repara mi casa, que se viene a ruina.» Vuelto de su raptó, el pensamiento que embarga a Francisco es reparar a toda costa la Iglesia de San Damián. Necesita una gran cantidad de dinero de la que no dispone. Nada importa. No vacila. Toma de la tienda de su casa una cantidad de riquísimas piezas de paño, carga un mulo con ellas, vase a la ciudad de Foligno, donde vende a buen precio la rica mercancía y hasta el mulo, haciendo a pie el viaje de regreso para entregar el dinero al Sacerdote que se cuidaba de aquella iglesia.

El espíritu liberal y generoso de Francisco disgusta a su padre, que era un avaro comerciante de Asís. Se ve obligado a dejar su ciudad natal; pero no puede vivir en paz y tranquilidad, recordando siempre la voz del Crucifijo, por lo cual resolvió regresar a su patria y pedir limosna para la reparación de la iglesia de San Damián. Desechando el rumor, que como fantasma se le ofrecía ante su imaginación, se presentó en las calles de Asís cantando como trahumante coplero, pidiendo socorros económicos entre los oyentes: «Quien me dé una piedra — decía — hallará una recompensa en el cielo; quien me dé dos, hallará dos recompensas; tres hallará el que me dé tres piedras.» Así logró reunir una gran cantidad de piedras, que cargaba sobre sus hombros para conducir las a su destino. El mismo, montado en un andamio, trabajaba de albañil, y si alguien se detenía a mirarlo, le gritaba: «¡Eh, tú, mejor será que vengas y me ayudes a restaurar esta iglesia!»

Ahí tenéis, pues, a Francisco como el destinado por Dios para reparar las ruinas de sus Iglesias. Primero daba lo que tenía; si no bastaba, lo pedía; si era necesario, él mismo hacía de peón o de albañil. Tenía fe. En los templos o iglesias veía la mansión de la Divinidad. Es casualmente lo que falta en nuestros días. La misma importancia tiene hoy día la Iglesia parroquial que uno de esos cines que tanto abundan en nuestras ciudades. Con razón exclamaba De Bolland: «Los dogmas forman a los pueblos», es decir, a la fe de un pueblo corresponden sus obras.

Íntima es, por tanto, la unión entre la Orden Franciscana y la construcción del templo parroquial; estrechas las relaciones que unen ambos organismos; magnífico y sublime el espíritu transmitido por su Fundador a esa ínclita Orden que en todo tiempo ha considerado su puesto de honor contribuir a la regeneración espiritual y material de las parroquias en cuyos términos se encuentra canónicamente establecida.

Por nuestra parte, como fieles hijos y émulo del Serafín de Asís, conste solemnemente que deseamos, queremos que pronto sea una realidad la construcción de la Iglesia parroquial. Unos cuantos católicos, en cuyos pechos hierva la llama de fe que inflamaba el corazón de Francisco; unos cuantos fabricantes e industriales tan desinteresados como Francisco, y pronto la ciudad de Granollers podrá gloriarse de ofrecer a la Trinidad augusta una digna morada.

¡Católicos: Vuestros esfuerzos económicos se concentren en la construcción del templo parroquial!

¡Comerciantes! Vuestro compañero de profesión os dió ya el ejemplo! ¡Renunciad a una parte de vuestros ingresos económicos! La verdadera riqueza consiste en atesorar caudales para el cielo. ¡Un pequeño obsequio al erario parroquial! ¡Será vuestro mejor recuerdo de la fiesta mayor de 1941!!

Que la Cúpula del templo parroquial y las almenas de sus torres dominen el cielo de Granollers, he aquí nuestro mayor anhelo, nuestras más fervientes ansias como cristianos, como patriotas, como ciudadanos, como feligreses, como franciscanos, pues, hijos de San Francisco y amantes de la Parroquia, son voces parecidas, términos análogos, palabras sinónimas, expresión del mismo ideal.

P. LORENZO CASTRO
Guardián del Convento de Granollers